



ESPACIO LITERARIO ///

“Temblor y otros relatos”

Este fragmento pertenece al cuento “Temblor” que da título al libro de Fabricio Esperanza. Sampacho es el escenario donde transcurre el relato. Esa tierra signada por movimientos sísmicos se transforma en el hábitat perfecto para esta narración en la que conviven la historia y la creación literaria, y que dibuja sutilmente la figura de Aramburu.

“Apenas pasando las dos lomas, viajando en dirección a Cuyo, los techos de las casas, y sobre ellos las antenas inútiles, se asoman como un vestigio sepia de un pasado sordido. Salvo por ese par de leves serpenteos del terreno que rodean el perímetro del pueblo, el resto es una superficie plana y somnolienta.

Sobre esas tierras semiáridas, que mantienen algo de humedad por las aguas estivales, el ranquel vio languidecer su existencia en un lapso que los ancianos hubieran considerado corto. El puntilloso trabajo de las tropas enviadas por Roca y Alsina, y el semen rabioso y contaminado del foráneo, borran del mapa al indio que caminó por los guadales de la Sampa-Pacha. ¿Cuántos sacudones les habrá llevado nombrar, con la lógica despojada de aquellos que no conocían el cielo cristiano, Sampa-Pacha, “la tierra que

tiembla”, a ese llano inquieto?

Para el italiano, el español y el austríaco, mantener unidas las tres sílabas de Sampacho fue un deber, luego de que los fortineros del San Fernando le pusieran, de prepo, ese nombre más decente a la empalizada que calzaron a mazazos sobre las vizcacheras y al mangrullo enclenque que espiaba, según la orden del señor capitán, a la salida o a la puesta del sol.

Nunca hubo acuerdo, entre los que quisieron discutir sobre el tema, si los temblores debían ser motivo de orgullo para los residentes o un recordatorio espasmódico de que se está sobre terreno maldito. Los temblores de Sampacho son de Sampacho. Y de ningún otro lugar.

-Rejunte de pelotudos.

Así describió a los parroquianos un viejo peón que supo trabajar en las chacras de la zona. Apoyado sobre el mármol ocre de un bar que ya no existe, enseñó:

-El suelo avisa que hay que aparearse.

Y aseguran los gringos que fue lo último que se escuchó de su boca. Lo dijo una semana antes del temblor mayor. Y quizá tenía razón. Después de cada movimiento, todavía hoy, en una época que adolece de pasiones, a los hombres les sube un ardor en la entrepierna y las mujeres gimen por una fiebre que calman con paciencia y sudor de macho. Acaso por eso, nueve meses después del 11 de junio de 1934, cuando en la cerrada noche de otoño Sampacho se estremeció y la mitad de las casas se vino abajo, en la zona se replicaron los llantos de críos. Cuando vibra, es tierra fértil para los nacimientos, Sampacho.

-General, vamos a proceder.

-Proceda.

Pedro Eugenio Aramburu nació en Sampacho.

Leo estas líneas ahora, mien-

tras las olas de una playa embravecida rompen contra las piedras pariendo una bruma que se parece mucho a la muerte. O a como yo pienso que debe ser la muerte: una neblina densa que obliga a deambular eternamente, tirando manotones sin encontrar nada más que vacío.

Yo misma soy hija de un temblor. Mi vieja solía contar que, cuando mi cabeza coronaba, las luces de la sala comenzaron a moverse, y pensó que era un efecto del esfuerzo por el parto. Y aunque lo comprendí algunos años después, desde ese instante incorporé a mi vida una escala que se rige por la violencia de las oscilaciones y la pérdida del equilibrio.

Casi siempre repto por el piso”.

